gerse, no puede, sino con trabajo y dificultad. Así, viene a quejarse con el Profeta diciendo: *Que no hallaba su corazón cuando le buscaba.* Ni debe hacer mucho caso de algunas quejas hmanas, que sobre esto puede haber; porque si a esto miramos, toda la vida se nos irá en visitaciones y cumplimientos, y así nunca tendremos tiempo para lo que nos importa.»

197. Las visitas a las casas y personas, cuando no son de necesidad, han sido las causas de las caídas, de los escándalos y murmuraciones, y más aún de la desolación y ruina de la vida interior y espiritual. No son posibles las visitas de pasatiempo y la oración íntima o visita y trato con Dios.

San Felipe de Neri mandaba a los confesores que jamás visitaran a sus confesadas si no era por enfermedad, y nunca solos, porque en las visitas se destruye lo que se edifica en el confesionario; porque en el confesonario se ve en el hombre a Dios y en las visitas aparece el hombre como es: siempre hombre e imperfecto.

En las visitas se enfría y aseglara el alma y se pierde la observancia y el rigor de la Orden. Los cumplidos de las visitas auyentan la piedad, excitan la vanidad y estimulan el regalo y la gula y causan la desedificación. En las visitas se olvida el alma y se cuida el cuerpo y se siembra el mal ejemplo con la ligereza, cumplidos adulatorios y presumidos y con las bromas. Es lo opuesto al trato con Dios y a su presencia y a la santidad religiosa.

Mi Santa Madre Teresa me dice: las que «vieren en sí deseo de salir fuera entre seglares o de tratar-

los mucho, teman que no han topado con el agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, y que se les ha escondido el Esposo... Miedo he que nace de dos cosas: o que ellas no tomaron este estado por sólo El o que después de tomado no conocen la gran merced que les ha hecho Dios en escogerlas para Sí». Y esto es más para los religiosos, que gustan de hacer visitas, que para las religiosas retiradas.

198. Dios quiere dárseme. Dios quiere enseñarme a vivir intensamente la vida espiritual. Me ha llamado y colocado junto a Sí; me ha sentado a su mesa y se ha cuidado de proporcionarme El mismo el alimento necesario para que pueda yo vivir más perfectamente en El, que es la verdadera vida, el verdadero gozo y la santidad.

En mis caídas o debilidades e impotencias, como en los defectos aún no corregidos, lejos de desalentarme debo repetir las palabras que me enseñó Jesús en el Evangelio: *Soy siervo inútil*; obrad, Señor, en mí. Pero Dios me exige inexorablemente el retiro y recogimiento dentro de El y de mí y con El y el despego y apartamiento de las cosas y de las criaturas para vivir la vida espiritual perfecta. Los conventos son casas de Dios y en ellas no sólo se ha de pensar y hablar de Dios y de lo que conduce a Dios, sino que se ha de vivir de la Providencia de Dios en lo material y en lo espiritual y sobrenatural. Las ansias materiales, la avaricia, los deseos de comodidad, de abundancia, de recorrer mundo, han de estar muy lejos de los moradores de los conventos. Dios es el Padre y administrador de las casas

religiosas y las provee para cuanto necesitan, pero no para el lujo y vanidad, no para el regalo, gustos y disipación. Dios siempre cumple su palabra. El religioso no puede dilapidar lo que Dios le da, ni los sudores y sacrificios de los pobres que dan su limosna con sacrificio.

Dios siempre cumple su palabra, pero espera que yo también cumpla la mía según mi promesa de vivir los consejos evangélicos. Si yo me arrojo, confiado en El, a vivir una vida santa, Dios no dejará de guiarme, de enseñarme, de enriquecerme y hermosearme con su amor. Dios es el Santo y la santidad misma y me llenará de santidad. Déjate, alma mía, en Dios y despégate y olvídate de las criaturas y de las cosas que te manchan y entorpecen; Dios dispondrá para ti de cuanto necesitas y El mismo será tu consejero.

Pero si el Señor te ha regalado la cruz de carecer de todo esto, espera y confía en El abrazado a la Cruz; recoge los clavos que te ha dado como arras. ¿O es que quieres conseguir la santidad sin cruz? Vive de la Providencia de tu Dios y muéstrale tu fidelidad. Grandes serán tus ganancias.

199. Tais la pecadora, a raíz de su conversión, se retiró sola al desierto para darse completamente a Dios viviendo con El solo, sin tratar con nadie y sin llevar cosa alguna. Cuando muchos años más tarde la encontró San Zósimo en el mismo desierto, vio en ella un alma santificada y transformada en divino amor por la penitencia y oración. Al despedirse el Santo, después de haber conversado con ella, la dice: *Ora por mí*; Santa Tais se pone en oración

tan íntima que instantáneamente su cuerpo se levanta del suelo y se quedó en éxtasis. Maravillado San Zósimo la pregunta ¿quién la ha enseñado aquella oración? Y la Santa le respondió: «Diecisiete años padecí terribles tentaciones como si estuviera en un infierno ni sabía orar a Dios; sólo le decía: Señor que me criaste, ten misericordia de mí; perseveré en esa vida y en la súplica y la mano de Dios no me ha faltado y me ha dado esta oración.» Fue Dios su Maestro único, la sustentó y dio tan alta oración. Y Dios, que fue tan pródigo en comunicar bienes espirituales a una pecadora arrepentida porque se le entregó confiada y sin reserva, ¿crees tú, alma mía, que te faltará a ti o será menos generoso contigo y con la comunidad en que vives y El ha reunido? ¿No decía también Santa Teresa de sí misma que Dios había sido su único Maestro en la oración? Y sabemos que leyó muchos libros y habló con muchos teólogos.

La misma santidad, la misma oración perfecta, el mismo vivir en Dios y la vida de Dios enseñó en muy pocos años a otra famosa pecadora pública, a Santa María Egipcíaca, porque igualmente lo dejó todo y se entregó del todo a Dios. Si me falta a mí, si faltara a mi Comunidad tanto en la oración perfecta como en lo necesario material, bien sé yo, Dios mío, quién tenía la culpa, y ciertamente no serías Tú, aunque yo me quejara. Habéis dado la palabra y la habéis cumplido, y la cumplís aunque yo no cumplo sino muy imperfectamente la que os di.

Estas reflexiones me han conducido a la vida de fe y la vida de abnegación que debo vivir; a buscar a solo Dios; lo demás lo da El. Cuando me pa-

rezca tengo el alma atravesada por la lanzada de la tribulación, del desprecio o del dolor; cuando me parezca estar como perdido y que la oración santa e íntima no es para mí, debo decir: «Tú, Señor mío, estás conmigo y en Ti he puesto toda mi confianza. Tuyo soy: sálvame, santifícame, enséñame.»

200. La santidad es morir a las apreciaciones de tierra y de mundo y a los airecillos tentadores y disipadores de vanagloria y de presunción. Si muero a mí mismo, si me vacío de mí mismo y me pongo en Dios, pasado algún tiempo sentiré que las manos de Dios me ungen con el bálsamo suave del amor de Dios. Veré que Dios me ha introducido en los secretos de su misericordia y de su sabiduría y ha ordenado en mí la caridad. Sentiré a Dios en todo, porque le viviré. Dios me hará la merced, muy superior a cuanto yo puedo entender, de llenarme de Sí.

La santidad se ve en todos los actos de la vida, porque la santidad consiste en hacerlo todo según Dios, por Dios, en Dios y lo mejor que se pueda y con el mayor amor. No consiste en hacer obras raras o llamativas, sino en hacer las obligaciones con abnegación y por amor de Dios, limpias del polvo de la tierra, del propio gusto y del amor propio.

La santidad se desarrolla y florece en las obras ordinarias, en las sencillas, en las desapercibidas para los demás; en el vencimiento de mí mismo, en la humildad continua, en estar en Dios y vivir para Dios en mi celda o en el coro, recogido o estudiando, en el trabajo o en el cumplimiento de la obe-

diencia. Siempre y en todo vivir a Dios presente y para Dios; vivir la verdad de que Dios está en mí infinito, amándome y yo amándole a El y amaré y encontraré a Dios hasta en las mismas equivocaciones y errores involuntarios; Dios los permite. ¿Qué me importa me juzguen por tonto? Y en verdad lo soy si no vivo para Dios. En donde quiera que esté, sabré convertir mi vida en cielo humillándome y amando, porque continuamente estoy en el mismo Dios.

Dios mío, quiero y determino ofrecerme todo a Vos. Hasta el presente no he tenido fortaleza para sobreponerme a mí y negarme en todo, mirando sólo a Vos. Ahora os suplico me deis la gracia de hacerlo. Deshacedme, enseñadme a morir; porque Vos ponéis en el que ha muerto a sí mismo vuestro amor, el amor que hace a los ángeles y llena de dicha el cielo. Pues sois fuente de toda santidad y de toda alegría, haced ya que yo viva sólo para Vos. Escondedme en Vos. ¡Qué vida tan hermosísima y envidiable la del religioso que vive en Dios, sólo entregado a su amor! Dios mío, mi alma os desea. ¿Cuándo os viviré ya en el cielo? Al menos que viva sólo para Vos en mi retiro de amor.

UNDECIMA LECTURA-MEDITACION

(*Segunda del día quinto*)

Deseos de amar a Dios y de ver a Dios

201. Bendito seais, Dios mío, porque habéis puesto en mí sed de Vos, que sois la *fuente de la vida eterna.* Aumentad en mí esta sed y dadme a beber del agua viva que sois Vos mismo, pues sois la felicidad y hacéis felices a quien os posee.

Todo lo he dejado para buscaros a Vos en el retiro y en el silencio. Aquí se percibe maravillosamente vuestra callada y sapientísima voz. Quiero dejarlo todo y dejarme a mí mismo perfectamente para encontraros, poseeros y viviros con seguridad. Sé muy bien por vuestra enseñanza que mientras no me niegue a mí mismo no podré decir con vuestro Apóstol que *mi vivir es Cristo,* ni gozar de las dulzuras y grandezas de vuestro abrazo y de vuestra vida, y que no estaré negado a mí mismo mientras no acabe con mis apetitos, con mis aficiones desordenadas y con el apego de las cosas y trato de personas. Pero es también obra de vuestra gracia y misericordia, la

que me ha de enseñar y dar fuerza para vencerme y sobreponerme a mí mismo.

Bendito el día que entré en el convento para consagrarme en alma y cuerpo, en pensamientos y obras a Vos. Pero ¿es cierto que vivo en soledad y silencio en el convento o están aquí conmigo muchas aficiones y apegos del siglo y aun sueños vanos de amistades y grandezas que nunca hubiera podido tener en el siglo? ¿Me he vencido y dominado en verdad a mí mismo o busco todavía dentro del convento mi regalo, y el gusto de mi vanidad, de mi complacencia y de mi voluntad? ¿Vivo en el espiritual recogimiento de vuestra presencia o busco relaciones con personas seglares y la satisfación de mis apetitos y disipaciones?

Mucho ayudan los lugares para el ejercicio del amor y de las virtudes, pero Fray Luis de Granada me dice hermosísimamente «que la verdadera y perfecta soledad no la hacen los lugares, sino los corazones». Sólo está quien está con Dios, y sólo está quien vive dentro de sí mismo, y sólo está quien cortó y despidió de su corazón todas las afecciones del mundo; porque fuera está del mundo quien no quiere nada de él, ni tiene por qué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama, pues donde no hay amor no hay pena, ni cuidado, ni alegría, ni turbación.»

El mismo venerable Padre me dice con San Jerónimo que vida perfecta era la de aquellos «que vivían en la carne como si estuvieran fuera de ella, de suerte que muertos al mundo vivían a sólo Dios; esto es: muertos a la carne vivían con sólo el espíritu vida espiritual y divina más que humana», y «el

intento de los varones espirituales... es entender siempre en la pureza de su espíritu, esclareciendo su entendimiento con la lumbre y consideración de la primera verdad y de las cosas eternas».

Como se me enseña en estas palabras, estoy retirado en el convento no para estar ocioso y vivir en holganza, no para buscar amistades y tratos de personas, no para allegar bienes con mis peticiones poco conformes con el evangelio ni con mi profesión, sino que estoy para *vivir la primera verdad y las cosas eternas,* para vivir en la compañía y trato con Dios y en el continuado ejercicio de las virtudes. Si los sabios gozan tanto en adquirir ciencia y profundizar en los conocimientos, no escatimando esfuerzos y trabajos para adquirirlos, ¿cuál no será el gozo que experimentará quien posea y viva esta primera verdad, que comunica todas las virtudes y hace florecer el alma en el divino amor?

202. Dios es sin comparación sobre todas las cosas criadas ni creables; Dios es sobre todo lo hermoso, noble, santo y alto que se pueda imaginar ni concebir, y nada se puede comparar con El. Dios es el infinito en toda perfección. La razón me dice que es imposible que la inteligencia criada pueda tener idea adecuada ni proporcionada de Dios, porque Dios es de otro orden sobrenatural, infinitamente sobre cuanto la más poderosa inteligencia creada pueda entender ni concebir. Ni los hombres ni los ángeles, cada uno de por sí o todos aunados, pueden llegar a tener una idea adecuada ni proporcionada de Dios hasta que Dios los levanta con la luz de la gloria a la visión divina.

Mi Padre San Juan de la Cruz resume esta verdad cristiana diciendo que hay menos dificultad en que una bestia o un bruto conozca y penetre las ideas y discursos de los hombres, que el entendimiento creado pueda llegar a adquirir o tener por sí solo noción adecuada y proporcionada de Dios; porque de la bestia al hombre, por mucha que sea la diferencia, siempre es limitada y finita y entre dos cosas limitadas y finitas hay proporción y comparación; pero de la criatura al Criador, de la inteligencia criada al ser infinito de Dios, siempre hay diferencia infinita y entre lo finito e infinito no es posible haya ni comparación ni proporción. Toda la creación entera comparada con Dios es como nada y como pura fealdad ante su infinita hermosura. Dios es el infinito en toda perfección, el sin límites en toda actualidad del bien, el acto purísimo que siempre está obrando con infinita actividad, el simplicísimo porque es infinito; el Criador de todas las cosas.

Aun cuando reúna en mi mente todo cuanto conceptúo tiene hermosura, y nobleza, y saber, y riqueza; aun cuando yo pudiera darme cuenta exacta de todas las perfecciones de todas las criaturas y de otras muchas que yo pudiera soñar y verlas reunidas, no podría formarme idea proporcionada y adecuada de la perfección, hermosura, riqueza y felicidad de Dios ni de su ser; porque todas las perfecciones creadas y creables, que superan a cuanto se puede decir ni pensar por la inteligencia, aunque sea angélica, son como nada comparadas con Dios; porque por inmensas que nos parezcan y sean, son finitas y limitadas y Dios es el infinito en todo bien y en el

poder y obrar y no puede establecerse proporción entre lo finito y lo infinito ni lo finito puede formar idea apropiada de lo infinito.

203. En el cielo Dios no solamente ha levantado al hombre glorioso al orden sobrenatural por la gracia y el amor, sino que *le ha comunicado la luz de la gloria,* levantando con ella la capacidad del entendimiento hasta lo sumo, para que pueda verle. No sólo los hombres, pues ni aún los ángeles podrían ver a Dios directamente y en su esencia sin esta luz de la gloria. Al recibirla, entran en la visión beatífica de la esencia de Dios y con ella en la felicidad. Tan soberanamente alto e incomprensible es Dios.

Todo el universo que vemos o que sospechamos, con todos los millones de millones de astros que tiene, a cuyo conocimiento ni aproximación no puede llegar la ciencia humana; con toda la inimaginable distancia de miles de millones de años de luz en su inmensidad, con toda la magnitud y esplendor de los astros inmensos, con todo el número de vivientes, en animales, hombres, seres racionales más perfectos quizá que el hombre y sin pecado que vivan en otros astros, y de ángeles celestiales, y millones de millones de universos miles de millones de veces más grandes y hermosos que éste, que admiramos sin conocer, son delante de Dios como nada ni se puede establecer comparación de ellos con Dios; porque Dios es el infinito en toda perfección y la perfección misma por esencia y de lo infinito no se puede establecer comparación ni tener noción.

Y toda la hermosura de los ángeles y de los hombres y de cuantos seres del universo encantan y

admiran por su belleza y maravilla, son en comparación con Dios pura «fealdad; y toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura es amargura y todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandece, mucho menos es delante de Vos que una pequeña candela delante del sol» (Granada).

¿Qué seréis Vos, Dios mío? Los Santos, que parece se pudieron acercar algo más al alto conocimiento o noción de Dios, quedaban asombrados y como fuera de sí de admiración, de algría, de temor reverencial, de soberano acatamiento de la verdad, grandeza y hermosura de Dios, y veían todas las cosas y todos los seres del mundo como negrura ante el recuerdo de la limpieza de la verdad y bondad de Dios y como fealdad ante su infinita hermosura, deshaciendo el afecto que se pudiera tener a toda otra hermosura o riqueza o esplendor. ¿Cuál será la hermosura y el gozo de Dios? ¿Cuál es la grande y deleitosa felicidad? San Juan de la Cruz tenía tan grabada esta altísima maravilla en su alma que todo era un entender no entiendo, toda ciencia trascendiendo. Y con tal efecto que

> Por toda la hermosura
> nunca yo me perderé,
> sino por un no sé qué
> que se alcanza por ventura.

Moisés no lo supo decir, sino se deshacía en adjetivos de admiración. San Pablo ni intentó expresar lo que era inexplicable, porque ni el corazón del hombre, ni el ojo, ni el oído vió ni oyó lo que Dios tiene preparado. Se veían a sí mismos rebosando luz

en soberano acatamiento y llenos de inexpresable admiración y respeto. Los Santos a quienes Dios ha comunicado un conocimiento especial por modo extraordinario, nos han dicho que no lo pueden imaginar sino quienes lo han recibido y gustado. La teología sólo puede decir como lo más alto y expresivo: *Dios es el infinito Bien y sumo Bien.*

204. Y con ser Dios inefable, ¡cuántos caminos de luz nos han trazado los santos y los teólogos hablándonos de esto infinito de Dios! ¡Cuántos llamaradas de incontenibles deseos de ver ya y de gozar de Dios hemos visto en ellos! ¡Cuánto goza mi alma pensando, Dios mío, en vuestra infinita hermosura, y sabiduría, y grandeza y amabilidad! ¡Cómo me inunda la alegría leyendo, entre otras altísimas verdades y vuelos de luz, la verdad de vuestras infinitas perfecciones y esos insondables horizontes de belleza, de dicha, de omnipotencia infinita, que ni se pueden comprender ni se saben decir! La hermosura e inmensidad de las criaturas, que en su magnificencia nos habla pobrísimamente de la hermosura y grandeza de Dios, es «una cosa que se conoce queda por decir, y un subido rastro, que se descubre al alma, de Dios, quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no sabe decir, que por eso le llama *no sé qué*». «Y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios que entienda claro que no se puede entender y sentir del todo; porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le co-

nocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender; porque aquellos que menos le ven son a los que no les parece tan distintamente lo que les queda por ver como a los que más ven.»

Dios es lo infinito e inefable e inconcebible, pero no es la oscuridad, ni es la tristeza o astío, sino la luz y la claridad misma, no de los sentidos, sino de las potencias del alma; es la alegría y el gozo y el manantial de todo gozo y contento; es la sabiduría y el amor increados y creadores de todo otro amor y sabiduría. Al refugiarse y ponerse el alma en Dios, se pone en toda la luz, en todo el gozo y felicidad, en la sabiduría y en el amor soberano.

205. Dios está en lo íntimo del alma, en su misma esencia, y está infinito y está todo, y pone allí secreta y misteriosamente sus propiedades; y del alma fiel y adornada con las virtudes hace un cielo verdadero, embelleciéndola con su sabiduría, ungiéndola con su amor y vistiéndola de su hermosura.

Leo en San Agustín y me repite San Juan de la Cruz que a las almas que han venido a vivir en Dios, y en las cuales vive Dios amoroso y complacido, *las muestra y hace ver lo inmenso que en Dios hay que ver*, y que nunca se puede llegar a ver del todo tanta grandeza y hermosura, sino que siempre se ve que falta más que ver y mayores grandezas.

Dios es hermosura sobre todas las hermosuras, pero que en nada se parece a esta baja hermosura; y es gozo sobre todos los gozos; y claridad y sabi-

duría en amor sobre toda claridad y saber, y lo es en Sí mismo con felicidad perfecta y lo es para las criaturas, que le buscan y tienen sed de El y se le entregan viviendo con El y para El. ¡Qué bien veo, Dios mío, en estos días de mi recogimiento, que al hacerme la merced de llamarme para vivir en el convento con Vos, me llamasteis no sólo para que yo fuera vuestro y para Vos, sino para ser Vos mío y para mí! Teníais callado que os entregaríais a mi alma en amor no soñable para con verdad poder deciros: *Dios mío y para mí.* Bien veo que si yo me entrego perfectamente a Vos, como debo hacerlo, pues os lo he prometido, y si cierro los ojos y la curiosidad a todo lo demás fuera de Vos, quedando en santo recogimiento atento a sólo Vos y muy a solas con Vos, no dejaréis de reflejar vuestra imagen en mi alma y hacerla un verdadero cielo. Me criasteis para Vos y me llamasteis a la vida religiosa y retirada para aún en este mundo hacerme cielo.

Sé que estáis en mí infinito y perfecto. Gozo en pensar que me estáis amando y me llamáis para que, amándoos yo y viviendo vuestro amor, me disponga o me dispongáis Vos para amarme más. Me inunda la alegría al pensar que me tenéis preparada una gloria eterna donde os veré y os gozaré en proporción a como hayan sido mi amor y mis virtudes y según me haya ahora ofrecido a Vos. Y me habéis llamado a esta Orden para que me vea más obligado a amaros más y a amaros y pediros por todos ofreciéndome en amor y expiación por ellos. Yo gustosísimo lo hago y cada día quiero vivir más recogido y atento a Vos y más a solas con Vos solo.

206. ¿Pero dónde puedo estar mejor que en Vos, ni dónde me es posible encontrar tanto bien, tan deleitoso gozo y riqueza tan abundante? Aquí os tengo a Vos mismo y os admiro y os amo y trato en lo íntimo de mi alma. Enseñado por la fe sé ciertísimamente que Vos estáis en mí llenándome, hermoseándome, enriqueciéndome. ¿Qué bien o qué riqueza o hermosura puedo soñar que sea comparable a Vos mismo, ni qué amor puedo desear que se asemeje al vuestro? Aun cuando no os sienta, aun cuando mi oración sea de sequedad y astío, y hasta de tentación, aun cuando no os oiga nada ni sepa decir nada, sé ciertísimamente que estáis en mí. Y estáis en mí infinito, amorosísimo y haciendo vuestra obra; sé que nunca estáis ocioso sino en actividad infinita; sé que vuestra obra es amarme y producir en mí el amor, enriquecerme, iluminarme.

Escojo, Dios mío, no querer otra compañía y, enseñado por la luz de la fe, miraros y amaros en mi interior, en lo íntimo de mí mismo, donde Vos estáis con amor especial, y acompañaros y estaros totalmente ofrecido. ¡Oh Dios mío, que nunca pueda sacarme de esta determinación y deseo ningún pasatiempo, ninguna disipación ni trato alguno de personas o apego de cosas o comodidad! Vos sois la vida eterna y yo quiero vivir la vida eterna. Si quiero, puedo estarla viviendo, por vuestra misericordia, en mí mismo y en Vos mismo, aunque todavía no la sienta.

207. Mi vida es amaros y he venido al retiro para vivir la vida de vuestro amor. Os amo como a Dios y Sumo Bien, más que a todas las cosas y personas.

Os amo más que a mí mismo y a mí quiero amarme sólo en Vos. Estaba loco y equivocado cuando preferiría otro amor u otro gozo o complacencia al vuestro y cuando me dejaba arrastrar gustosamente de las disipaciones, pasatiempos y bienes terrenos olvidándome de Vos. Perdonadme, Dios mío; no os conocía y estaba ciego, obrando ciega y perjudicialmente.

Hoy, por vuestra misericordia, os amo sobre todas las cosas y me gozo en dejar, y millones de veces dejaría, todas las cosas por Vos y por ser totalmente y siempre vuestro. Dejo todas las personas más amadas y las que más me atraen para venir a estar sólo con Vos y continuamente ofrecido a Vos. No quiero nada del mundo, ni bienes ni personas, fuera de Vos, porque quiero ser todo vuestro y tener mis potencias llenas y ocupadas de Vos, en vuestro amor, en vuestras infinitas perfecciones, en vuestra luz y verdad eterna. Si os tengo a Vos, ¿qué es todo el mundo junto y toda la alegría comparados con Vos?

Porque os amo sobre todas las cosas y todo me debe ser nada comparado con Vos, y porque os amo más que a mí mismo, os ofrezco todo cuanto soy y pongo en vuestras manos y a vuestra disposición mi vida y todas mis obras y actividades, y quiero que mi pensamiento y mi memoria y mi amor estén ocupados sólo en Vos. Para poder vivirlo perfectamente he escogido el retiro y el silencio de mi convento y el apartamiento de las criaturas, y deseo y os pido que me concedáis estar amándoos en oración, y me considero el más feliz cuando estoy

con Vos y os miro dentro de mí y rodeándome. Vos me llenáis.

¿Qué importa que no sepa ni hablar ni se me ocurra qué pediros, ni novedades ni aun afectos con que desahogarme, si sé que estoy en Vos y Vos me llenáis y me estáis amando y dándome amor? Sé que guardando quieto silencio y poniendo en Vos amorosa atención os lo digo todo y Vos me lo comunicáis todo. Vos me enseñasteis en el Evangelio que establecéis vuestra amorosa morada en el centro del alma que os ama y os busca y os mira; hacéis del alma un cielo. Nadie puede figurarse la riqueza, la sabiduría, la luz y la hermosura que en el centro o en lo íntimo de esa alma estáis poniendo muy callada y secretamente. Todos los bienes exteriores y cuanto se pueda pensar nunca pueden ni remotamente compararse siquiera con los bienes y delicias que Vos ponéis. En ella estáis con toda vuestra felicidad infinita, pero encubierta y sin sentirse. ¿Os ama ya mi alma como lo digo y deseo? ¿Me doy cuenta del tan maravilloso modo como estáis dentro de mí mismo? ¡Oh Dios mío, si yo lo viera!... Pero nunca en la tierra se puede ver ni sentir, y mucho mayor y más meritoria es la certeza de la fe que la imagen que pudiera formarse en mis ojos o en mi imaginación. Y la fe me dice que estáis así infinito, amorosísimo y riquísimo en el alma que os ama y que la estáis llenando de nuevos bienes, riquezas y hermosuras.

Dios obra de modo tan alto, secreto y maravilloso indefectiblemente en el alma que se le ha entregado y está ya despegada y vacía de las cosas terrenas, de sus apetitos, de su amor propio y limpia y pu-

rificada de toda mancha. Dios tiene que obrar en el alma con libertad completa, y sólo puede obrar con esa libertad en el alma muerta a sí misma y a las criaturas y gustos. Un cirujano, para hacer una operación difícil y obrar con libertad, adormece el cuerpo. Cuando el alma ha llegado a su perfecto anonadamiento, ha llegado también a la perfecta confianza en Dios y Dios establece en ese momento su unión de amor con el alma. Dios obra en mí su obra dándome la vida natural y la vida de gracia, y quiere dárseme a Sí mismo en perfecta unión de amor si yo me dispongo muriendo a mí mismo y a todas las cosas. Dios mío, que estáis en mí; que no aparte ya nunca mis ojos de los vuestros; que mire que me miráis y os dé gracias por la obra que en mí estáis haciendo. Que siempre mire a Vos en mi interior, para que nunca me salga de Vos ni impida vuestra obra. Amadme, Dios mío, para que cada vez pongáis más amor y mayor limpieza en mi alma y yo os ame con más abnegado amor, pues sólo puedo amaros con el amor que me deis.

208. Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas y más que a mí mismo, porque sois el sumo e infinito bien, porque sois mi Criador y Criador de todos, porque espero seréis mi glorificador y me daréis vuestra gloria. Porque os amo sobre todas las cosas, sólo quiero vuestra gloria y poseeros en vuestra gloria. Me gozo en vuestro infinito gozo y en vuestras infinitas perfecciones y os las ofrezco como propias y os alabo por ellas, y me ofrezco para que todos os conozcan, os amen y alaben. Tened misericordia de los que aún no están en vuestro amor ni

os conocen, Señor. Por ellos y para que vengan a vuestro amor os ofrezco cuanto yo soy, y quiero amaros con todas mis fuerzas para que os amen. ¿Cómo os daré gracias porque os compadecisteis de mí y me trajisteis aquí a vuestra casa, apartándome de muchos peligros y para estar en vuestra compañía siempre amándoos? Bendito seas, Dios mío.

Porque os amo sobre todas las cosas y más que a mí mismo, disponed de mi vida, de mi honra, de cuanto soy, según sea vuestra mayor gloria.

Porque os amo sobre todas las cosas y más que a mí mismo, deseo ir a Vos para veros y gozaros ya sin velos y seguro en vuestra gloria. Sé que no lo merezco, pero me habéis criado para veros y gozar vuestro gozo en el cielo. Os he ofendido y merecido ser para siempre alejado de Vos y condenado, pero habéis tenido misericordia de mí y me habéis dado deseos y sed de amaros; no quiero volver a ponerme en peligro de perderos y, conocida mi fragilidad, sólo en vuestra misericordia estoy seguro.

209. ¿Por qué no he de querer ir ya con Vos, Dios mío? ¿Por qué no he de querer morirme e ir al cielo con Vos, a pesar de verme aquí continuamente en peligro de ofenderos y de perderme? ¿Por qué me espantará la muerte, en lugar de desearla y alegrarme de que venga? ¿No me libra la muerte del mayor peligro y me abre la puerta del cielo y me pone en la seguridad y felicidad de Dios? Dadme, Señor, una muerte santa y si es de vuestra voluntad que no se tarde. Que mi último acto sea el de amaros con todas mis fuerzas. Que muera en vuestro amor. Os deseo amar ahora, al mis-

mo tiempo que os pido un mayor amor para aquel momento. Ahora y entonces quiero amaros con todo el amor de que soy capaz de amar.

Mi alma desea ya estar segura en vuestra luz de gloria y os pido aumentéis mis deseos. *¿Qué se me da a mí* —repito con vuestro Profeta— *de la tierra ni del cielo fuera de Vos?* ¿Qué puede haber en el mundo digno de atención y de amor comparado con Vos por cuyo amor deseara retrasar la partida de esta vida?

Mi santa madre Teresa de Jesús me dice veía todas las cosas en Dios y cómo Dios las tenía todas en Sí. La teología me enseña que todas las criaturas están en Dios de un modo eminente, o sea más perfectas que en sí mismas, y que todas se ven en Dios de muy soberana y perfectísima manera, no muertas y sin movimiento, sino vivas y en la perfecta armonía universal; porque en Dios todo es vida y perfectísima vida. ¿Qué perfección o ciencia o curiosidad o invento puede retenerme en la tierra lejos aún de Dios y del verdadero conocimiento esencial, cuando todo lo he de ver por modo subidísimo en sus mismas esencias y perfecciones sin trabajo y con altísimo gozo en Dios?

Se desea y procura aquí en la tierra poseer y gozar lo que se considera y estima como bueno, rico y hermoso; se busca con trabajo y esfuerzo la sabiduría y el arte; se compra con sudores, sin reparar en gastos, lo elegante y gustoso; causa no explicable contento y alegría disfrutar del trato y compañía de los que amamos y nos alegran y recrean o enseñan. ¿Pues no eres Tú, Dios mío, perfección, gozo, amabilidad y contento sobre cuanto tiene per-

fección, gozo, amor y contento? ¿No se reciben todas esas perfecciones de Ti mismo? ¿No eres el Criador de todo y la fuente de toda riqueza y de toda hermosura y sabiduría? ¿No eres la sabiduría misma esencial, donde no puede darse oscuridad o ignorancia alguna? ¿No eres el que tiene presente todas las cosas que fueron, son actualmente o serán en lo futuro? ¿No eres quien todo lo rige y gobierna, y comunica la felicidad y luz a los ángeles, y das las cualidades a los seres, y pones las leyes a la naturaleza y a los astros, y tienes en tu mano y en tu voluntad los elementos y las criaturas desde la más mínima hasta la más inmensa, y con tu omnipotencia puedes criar no sólo los mundos que el hombre puede soñar, sino cuantos ni aun puede concebir ni comprender, y estar cada instante creando nuevos universos tan grandes como los actuales sin que en nada se parecieran a éstos y sin agotarte? ¡Dios es el infinito y sumo bien!

210. Dios no es lo mejor y más soberano que la inteligencia creada puede concebir, porque si fuera sólo eso no sería Dios omnipotente e infinito; Dios es el que de tal manera supera a cuanto se puede concebir y soñar, aun cuando se esté toda la eternidad discurriendo y soñando, que todo eso es como nada ante la realidad de Dios y como oscura tiniebla ante la claridad del sol; porque Dios es el que únicamente puede comprenderse a sí mismo total y simultáneamente y concebirse como es y ni la infinita inteligencia puede llegar a pensar nada más grande ni una sola perfección o bien alguno que actualmente no tenga y goce o no haya tenido o gozado siempre.

Dios es el infinito, el omnipotente, el soberano y sumo Bien y la suma felicidad. Dios es la eternidad dichosa y feliz.

Al ser iluminados los bienaventurados con la luz de la gloria, ven la esencia de Dios y, en un instante, con el mayor y feliz gozo, ven también en la esencia divina, sin jamás cesar, más conocimiento no sólo de Dios, sino de las ciencias creadas de todas las clases y más luz de la verdad y de la creación que todos los sabios de la tierra pudieran adquirir aunque vivieran eternamente, y con un gozo que excede a cuanto la inteligencia puede no solamente decir, pero ni aún concebir. Y cada uno recibirá la felicidad y la luz de Dios cuanto tenga de capacidad, y esa capacidad no se mide por el talento o el cultivo de la inteligencia que en la tierra se tuvo, sino según las virtudes que se practicaron y según la intensidad con que en la tierra se amó a Dios y según los deseos que sintió de amar a Dios y se esforzó por darlos realidad.

Santa Teresa escribió en su Autobiografía: Se me representó un día cómo se ven todas las cosas en Dios y cómo Dios las tiene todas en Sí. Todo lo veremos y conoceremos en Dios; ya no habrá secretos. De Dios recibiremos todas las perfecciones y toda la luz de gloria que hayamos merecido con la vida santa en la tierra y lo veremos y conoceremos en un momento. Ver a Dios es entrar en la posesión de la felicidad, del gozo y de los bienes eternos para sin fin.

Pues, Dios mío, ¿dónde está mi razón y mi cordura que deseo estos bienes de apariencia y de nada y sombra de nada en la tierra hasta desasosegarme

y perder el sueño por poseerlos y me desviva y sacrifique por complacer a cualquier persona un poco notable, y no me deshago y desvivo ni casi me preocupo por poseeros a Vos, por ganar bienes de cielo, por entrar en vuestra casa de la gloria y estar eternamente glorioso con Vos? ¿Cómo es posible que me esté continuamente lamentando de los contratiempos y males de esta oscura y penosa noche de este mundo y de las injusticias de los hombres y no clame a Vos y os pida con ardientes deseos y súplicas que aceleréis para mí el amanecer del día feliz y eterno de la gloria?

Justamente increpaban mis santos Padres a la muerte, porque se tardaba y la instaban a que viniera pronto y les sacara de esta oscuridad y les pusiera en la luz de todo bien, que es Dios. Pedían les sacara de este mundo, donde se vive tan inseguramente, con continuo peligro de perder la gracia y el cielo, y que les llevara ya a la seguridad de la gloria y a la visión y compañía de Dios. Muchos y aun la mayoría de los Santos se quejaban de que se les alargaba este destierro y se les retrasaba el sumo Bien en la visión de Dios. ¿Y yo me entristeceré al sólo pensar salir de aquí?

Dios mío, también yo te deseo y suplico aumentes en mí de día en día estos deseos y, mientras llega ese día, me llenes de ansias de la práctica de la virtud y de estar íntimamente Contigo en trato de amor en la oración y en tu continua presencia.

211. Me enseña la teología que la pena más terrible del purgatorio es la pena de daño; esta pena priva al alma de ver a Dios, al mismo tiempo que

acrecienta las ansias de verle. El tormento más fuerte es retrasar el momento de la visión y del goce o posesión de Dios; no hay daño como ese. Es también la más desesperante pena y sufrimiento del condenado en el infierno. Mientras vivimos en la tierra no podemos hacernos idea de lo terrible que eso es.

El Padre Elías de Santa Teresa escribe «que el daño es tal que no se puede estimar con cuantas cosas criadas hay en el mundo, ni la pérdida de todas ellas se igualará con él; porque es axioma cierto entre los filósofos que entre lo finito y lo infinito no hay proporción. Porque así como ver y gozar de Dios por un instante no tiene comparación con la posesión y señorío de todo el mundo y cuantas criaturas hay en él, así también el daño de estar uno privado de Dios por un solo momento es tan grande que no se puede comparar con la privación de todas las criaturas y pérdida de todo el mundo; de lo cual se sigue que hemos de hacer menos caso de la pérdida del mundo que de carecer por un momento de la vista de Dios». ¿Pues cómo no he de pedirte, Dios mío, aumentes en mí los deseos de verte presto y que no dilates el llevarme Contigo? ¿Cómo puedo dejar de desear ser pronto feliz en el cielo con tu felicidad? ¿Cómo no he de desear estar ya seguro de mi salvación a tu lado en el cielo? El querer vivir aquí en la oscuridad y peligros de la tierra, lejos de Dios y del sumo Bien, con incertidumbre de perderle y nunca llegar, ¿no supone falta de razón y de cordura? ¿No es esto una verdadera locura de consecuencias fatales?

El cielo es todo amor glorioso y un acto jamás

interrumpido de gozosísimo amor; no es el gozo de un solo bien, sino del sumo y soberano Bien y en ese Bien infinito, ve y goza de todos los bienes de que es capaz el alma según la virtud que practicó en la tierra, como ve también todas las verdades en la Verdad increada, y las verá para siempre con el mayor gozo. *El cielo es el gozo de la Verdad.* Mientras llega ese dichoso momento me has traído aquí, amorosísimo Dios mío, al retiro y silencio del convento, para que, alejado de todo lo mundano y que disipa, viva de oración, que es ejercicio de amor; o sea, me has traído para que viva a semejanza del cielo y haciendo méritos para el cielo.

Pero el cielo verdadero y la felicidad verdadera sois Vos, y aquí, en mi recogimiento, debo tener continuamente vuestra presencia y estar en vuestra compañía. Ya me recuerda mi Santa Madre Teresa de Jesús que he de buscar a Dios dentro de mí y mirarle en lo íntimo de mi alma.

«De mi alma el más profundo centro.»
(S. Juan de la Cruz)

Porque ésta es la luminosa verdad y sobremanera consoladora, ya recordada: Dios está en mí; está como es: omnipotente, perfectísimo, infinito, todo amor y vida eterna. Dios está en mí y yo estoy en Dios. Cuando mi alma esté limpísima y me haya perfectamente entregado, Dios se reflejará en el alma. Dichosa el alma ofrecida que se contenta con Dios. Pobre el alma que no contentándose con Dios busca distraerse y disiparse en las criaturas. La misma Santa Teresa me añade que «sintió estar su al-

ma tan dentro de Dios, que no parecía había mundo, sino embebida en El». Dios está en mí y para mí, y yo estoy en Dios para amarle, para ofrecerme, para recibirlo todo de su mano.

212. Bendito seais, Dios mío, por haberme traído aquí, a esta Orden, para que me consagre al amor y me haga todo amor vuestro. Porque en esta Orden todo debe ser amor y obras de amor. Quien no vive ni fomenta esta obra de amor, o no se ofrece realmente al amor, no vive el espíritu de la Orden ni ha conocido su fin.

Mi obligación es amar y vivir todas las obligaciones y obras que enseña el amor de Dios. Jesús nos dijo: *Aquel que me ama de verdad cumple mis mandamientos,* y el primero de todos es amar a Dios con todas las fuerzas. El amor de Dios ha de ser mi guía y mi maestro; el amor de Dios me enseñará la abnegación y la caridad; el amor de Dios me está llamando para vivir en Dios y su vida y me enseña a buscarle y escucharle y acompañarle en la oración, que es trato de amor y ejercicio de amor.

El amor de Dios es santo y la santidad misma; tiene por fruto las virtudes. El que ama pertenece al corazón de la Iglesia. La santidad es amor y al amor está ofrecida esta mi Orden y tiene por fin vivir las obras del amor. Se la ha llamado el corazón de la Iglesia, y el corazón es para dar calor y vida, para dar cariño, para ofrecerse, para sufrir y gozar las emociones del amor; pero siempre está escondido dentro del pecho. El corazón es lo último que se enfría, y cuando él deja de latir, sobreviene la muerte. El corazón nunca está ocioso, vive

siempre su rítmica actividad; riega la vida por el cuerpo; jamás se exhibe ni manifiesta en nada espectacular o llamativo; manifiesta su bienestar en el ritmo y fuerza de las pulsaciones. Se ven y se adornan las manos, los ojos, el rostro, los miembros externos del cuerpo, pero el corazón está siempre silencioso, siempre escondido, siempre dando vida y mandando sangre caliente y purificada por todo el cuerpo, siempre sufriendo en silencio las desgracias, o gozando en los éxitos; siempre agradeciendo callado los beneficios.

Si quiero ser el corazón de la Iglesia, como es mi deber y el fin de mi Orden, quedo obligado a vivir ininterrumpidamente escondido en el pecho y en el amor de Dios. Mostraré mis pulsaciones y mi amor por las obras que realice. Dios me ha señalado como fin en su Iglesia amar, expiar, comunicar calor y vida a todos los demás miembros del Cuerpo Místico de Cristo, llorar los pecados, apostasías e incredulidad de todos los hombres sin excepción; rogar por todos los apóstoles del Señor para que sean santos y por todos los cristianos para que sean fieles y por todas las almas para que vengan a vivir la luz de Cristo.

Tengo que expiar en sacrificio y elevar mi oración en súplica continua a Dios pidiendo misericordia y perdón para todo el mundo y para todos los hombres; tengo que hacer penitencia de amor por todos los pecados que se cometen contra el Señor. Es mi misión y mi apostolado especial perseverar en oración, y en oración delante del Señor pidiendo por todos, ofreciéndome por todos sin cansarme hasta el fin. Dios me pide que le dé gracias y ala-

banzas por todos los beneficios y por todas las gracias que da y por todas las almas que no se las dan.

213. Pero tengo que vivir mi fin y mi apostolado siempre escondido en la luz de Dios, siempre viviendo en el calor de Dios y recogido en el divino pecho. Mi misión es salvar y santificar a la humanidad entera si fuera posible, y amar por todos los hombres. Si pretendo salir y que me vean, si gusto de comunicación y trato con seglares, si aspiro a ver curiosidades de mundo y a recorrer tierras o fomentar relaciones sociales y humanas, si no guardo celosa y rigurosamente mi recogimiento dentro del pecho de Dios y al calor de su amor en perseverante oración, me salgo del fin específico señalado por Dios, me aseglaro, desearé comodidades y delicias, me salgo del ser de mi Orden, no imito a la Virgen en su vida de retiro, de oración, de súplica y de amor. Sé, Dios mío, que mi puesto es junto al Sagrario y mi norma Jesús. Mi vida, la que Jesús hace ofreciéndose y orando por todos en el tabernáculo.

Si la obediencia me señalara una misión más activa, esa actividad me obliga a refugiarme más en el Señor y salir empapado en El para que mis obras y mis modales den fragancia de Dios y pongan atmósfera de espiritualidad. Yo he de ser lámpara viva, que arde ante Jesús y señala a los hombres con el ejemplo donde está la vida, la salvación, la santidad.

Os doy gracias, Señor, porque me habéis escogido para la Orden de vuestra Madre la Virgen y para que manifieste mi amor en las virtudes. Dad-

me que viva la vida santa siempre en Vos y jamás os haga traición, ni envidie a los apóstoles de la iglesia docente que tienen que moverse y tratar mucho con los hombres de sociedad o de trabajo, sino que pida por ellos para que sean santos y me encomiende a sus virtudes y celo. Mi fin exige mayor limpieza y más pura santidad; mayor sacrificio y más atenta vigilancia. Cuando Vos queráis otra cosa de mí, me lo mostraréis por la obediencia y por los que tengo en vuestro lugar. No me olvidaré del gran San Elías, que realizó comisiones muy difíciles, que Vos le encomendasteis, y en seguida volvía a su retiro con Vos.

Veo con frecuencia pintado sobre vuestro corazón, oh Jesús, una cruz, con la que se me enseña que en la tierra, del amor vuestro brota vuestra cruz, y que el amor es abanderado que lleva el emblema vuestro, y que el amor, la expiación y el sacrificio han de estar unidos al amor y al sacrificio que Vos vivisteis tan maravillosamente en la tierra, ni es posible haya amor de Dios que no vaya sellado y coronado con la cruz. Al abrazar vuestro amor me abrazo también con vuestra cruz y sé que mis miembros han de ser también clavados y maniatados como los vuestros y todo yo he de hacerme una misma cosa con Vos. ¡Oh Amor infinito, dame amor para que aprenda a ser amor! Corazón mío, ama a tu Dios con todas tus fuerzas; sé todo de tu Dios. Las llamas que ardan dentro de ti se manifestarán en el resplandor de la cruz. Señor, apiádate de mí y de todos. Dadme vuestro amor y que todos os amen.

214. Vivir en una Orden —y más si es de la Virgen— obliga a estar siempre en vela, sin buscar el descanso hasta el cielo, aunque no dejará de darle Dios en algunos tiempos. Vivir en una Orden obliga al esfuerzo gozoso de la continua expiación. Las almas ofrecidas al amor son la fuerza, que alcanza del Señor la gracia para sí y para los demás; por eso su atención está en Dios, y su cuidado en amar a Dios. Ellas son el sostén del mundo espiritual; Dios las ha escogido para columnas de su Iglesia. Juntan la oración y el sacrificio y se inmolan ante Dios.

Si soy verdadero religioso estoy obligado a ser alma de amor, víctima ofrecida a Dios e inmolada en holocausto de amor. Mi vida se ha de pasar en Dios y ante Dios, retirada del mundo y ofrecida por el mundo; mi vida ha de ser amar sin cesar y no dejar de pedir misericordia para los hombres todos, como Jesús y la Virgen en Nazaret y en la cruz. Los conventos son las centrales de Dios para mandar su flúido y fuerza de gracia divina. Nadie se fija en la máquina productora, ni sabe dónde está; pero si la máquina sufre una avería y se para, al momento desaparece la luz y se paraliza la industria. La máquina productora está escondida; se ignorará donde está, pero no puede parar; siempre está produciendo flúido para bien de todos.

El alma ofrecida voluntariamente como víctima por amor de Dios y de los hombres se abraza con el peso de los pecados del mundo, confiada en la gracia del Señor. En el mundo ninguno de los mortales la ha de pagar el haberse ofrecido ni se lo han de agradecer; ninguno sabe quién expía por los pe-

cados y suplica con instancia, a veces invencible, que se cambien los corazones y las voluntades. Dios solamente lo sabe; Dios, a quien se ofrece y que lo ve todo, y que secretamente, por un amor apostólico, se lo pide. Los ejes de las grandes máquinas soportan todo el peso de la carga y están metidos dentro, donde ni se les ve. Si el eje se rompe o se descentra, o por no estar suavizado roza, todo hay que pararlo. El engrase abundante le mantiene en suavidad y quita los roces. El engrase es imprescindible, y la oración y presencia de Dios es el bálsamo perfumado que suaviza el alma y la hace resistente para sobrellevar todos los pesos. ¡Qué grande misericordia del Señor es haberme llamado para estar con El, para vivir delante de El, para aprender la sabiduría que El sólo puede enseñarme, para expiar en compañía de Jesús los pecados de los hombres mis hermanos y pedir por sus apóstoles y por la santidad de las almas a El consagradas y por el fervor de todos los cristianos! ¡Dios mío, qué santo debiera ya ser! ¡Qué limpia mi vida y cuán inflamado debiera estar ya en vuestro amor!

. . . .

215. Tiemblo pensando que lo mundano pudiera meterse en mi alma, como por mil medios lo intenta, y me hiciera flaquear en mi ofrecimiento, en mi vida de retiro y en la perseverancia de mi oración. Juzgo que por esta causa no alcanzamos la victoria de la santidad la inmensa mayoría de las almas consagradas a Dios. Nos estancamos y estamos con un ojo mirando a Dios y con otro mirando y deseando esto mundano no pecaminoso, pero que enfría. Porque me parece que hoy más que nun-

ca se alaban, se buscan, se realizan las obras que entran por los ojos y que mueven a los demás; se proclama la actividad y la publicidad de las obras, muy buenas, pero a condición de que no falte la vida de oración e interior, el bálsamo que suaviza, ni la mortificación, que da la fortaleza. Hoy casi todos nos dejamos arrastrar del natural impulso y deseamos ser flores y ramas muy frondosas y visibles, y alabadas y admiradas por los ojos de los demás, aunque seamos árboles infructuosos; porque agrada al gusto ver y recoger las hojas y las flores, y entretenerse en admirar la hermosura del ramaje, aunque venga la anemia y la pobreza de espíritu por falta de fruto. Ninguno queremos ser raíces, olvidando que sin las raíces no puede haber frutos, ni flores, ni aun subsistir las plantas con vida. Las buenas raíces envían la savia y la vida para que se desarrollen las plantas y a su tiempo se recojan las flores y los frutos. Pero la raíz está escondida, metida y cubierta de tierra y con humedad; de allí abstrae la savia y la vida. Secas las raíces, se secan las plantas; con malas raíces no puede haber flores lozanas, ni frutos buenos, ni frondosidad. Toda la planta tiene por fin dar su fruto proporcionado; pero el primer fruto es el de la propia planta, la virtud y santidad personal.

Jesús quiere que en su Iglesia santa haya raíces, que den vida espiritual. Me ha llamado a mí para que sea raíz de su Iglesia y transforme la humedad en savia y venga después el esperado fruto. Las raíces de la Iglesia, que han de llevar la vida espiritual a las almas, también tienen que estar ocultas, enterradas, siempre escondidas, siempre obrando la

transformación para comunicar vida. Las raíces de la Iglesia de Dios han de estar enterradas y metidas no en la tierra ni en el mundo, sino en el mismo pecho de Dios y en el corazón de Jesús. Tengo que estar sumergido en lo infinito del amor de Dios, y enraizado en la caridad de Cristo, para llevar savia, flores y frutos y hermosura de frondosidad espiritual y de virtudes a todas las almas. Que la vida de Dios viva en todas.

Jesús me ha llamado para que sea sol suyo, no un sol pintado por mano de los hombres, sino un sol vivo y de fuego de amor de cielo. El sol pintado puede ser admirado por el arte, pero no puede dar calor ni esclarecer con su luz ni producir vida. Al sol pintado se le expone en cualquier sala de arte o en cualquier reunión para que le vean los hombres. Pero sólo la mano infinita de Dios puede poner el sol vivo en lo alto del firmamento, aislado de todo, pendiente de Dios, y desde allí envía su luz y su calor a todos. ¡Oh Dios, que luzca vuestro sol para que desaparezca mi frialdad y mi muerte de vida fervorosa y de virtudes, que luzca vuestro sol para que traiga luz y calor de Dios a mi alma y a todos los hombres! Que sea yo sol vuestro recibiendo directamente de Vos mismo el calor y la vida.

Para que luzca el foco eléctrico ha de tener la corriente sin interrupción, pero ha de hacérsele tambien el vacío para que el filamento sea resistente y no se queme. El aire del mundo quema y deshace y ennegrece a las almas.

216. Me llamáis a la vida de amor y a la vida de inmolación. Yo, Señor, aquí vengo junto a Vos;

mi alma os desea; os deseo amar con todas mis fuerzas; quiero que todo mi amor y todo mi ser sean para Vos. Amadme Vos, Señor, para que yo os pueda amar. Sólo podré amaros con el amor que Vos me deis. ¡Cuántas veces se entristece mi espíritu temiendo si no estaré en vuestro amor! Oh alma mía, ¿por qué me conturbas? Dios mío, os quiero amar sobre todas las cosas y más que a mí mismo. Os ofrezco mi vida. En vuestras manos pongo esta vida mía. Deseo veros ya sin velos en la gloria. Aumentad en mí estos deseos. Perdonad y limpiad mi vida pasada y tened piedad de mí. Quisiera que toda mi vida hubiera sido delicadamente fiel; ahora me arrepiento de mis infidelidades. No os miraba, Señor, y sin embargo estabais en mí. Ahora que os miro y os deseo, me avergüenzo de mí. Quisiera que toda mi vida hubiera sido limpia y pura, pero no puedo ofreceros nada más que una vida manchada. Obré el mal delante de Vos y en Vos mismo, porque en Vos estaba cuando os ofendí y no os miraba ni os respetaba. Vos me llamabais y no os atendía. Por esto mismo ahora os deseo más ardientemente y os ofrezco esta vida que me habéis dado, y os presento humilde mis pecados para que me los perdonéis y quiero ser vuestro por una vida santa y de amor a Vos.

¿Qué haré, Señor, para agradaros? ¿Qué haré para purificar mi maldad? A Ti acudo, ¡oh Jesús!; a tu pasión santísima y por ella te pido me concedas el perdón, las virtudes y una vida santa de encendido amor y perfecta abnegación, hasta que vengas a buscarme para meterme en tu gloria.

«¿Cuándo me será concedido el presentarme ya

delante de tu rostro» y verte sin velos y seguro, oh Dios mío? «Hicísteme conocer las sendas de la vida; me colmarás de gozo con la vista de tu divino rostro; en tu diestra se hallan todas las delicias», repito con tu Profeta. Mi alma te desea y anhela por ese momento.

Si la amabilidad y la felicidad es deseable y codiciable sobre todo otro deseo, si no podemos dejar de desear la felicidad, tú eres, Dios mío, la amabilidad infinita y la única felicidad verdadera y perfecta. No soy digno de poseeros, ¿pero cómo no he de desearos ardientemente? En tu misericordia espero y confío que vendrás por mí y me llevarás Contigo.

217. Con gusto leo en las vidas de tus almas escogidas y santas el impaciente y confiado deseo con que esperaban y pedían este momento de entrar en la posesión de tu felicidad por la visión de tu esencia, y allí darte gloria y amarte ya sin límites y en gozo glorioso. Me entusiasman y hago mías las ansias tan vehementes que sentían por ir a Ti y con que llamaban a la muerte para que apresurara su llegada no sólo mis santos Padres, sino también muchísimas religiosas y religiosos hermanos míos en esta Orden.

La Hermana Juana Bautista de Granada decía: «Ya no puedo vivir sin Dios. ¡Qué vida esta tan intolerable! ¡Qué pena es este vivir tan terrible!» Quería entrar ya en la luz de Dios y se la prolongaba la espera. Confiaba tanto en el Señor que cuando un hermano suyo sacerdote la prometía misas para ayudarla a salir pronto del purgatorio le decía: «No

se canse, Padre, porque me será imposible pasar un instante sin ver a Dios.»

Pensando en la próxima muerte decía una religiosa llamada Teresa de San Juan de la Cruz: «Estos olores son de mi Esposo que viene a buscarme. ¡Qué Pascuas tan felices voy a tener (en el cielo).» Al darla la noticia de que llegaba la hora de su muerte no pudo menos de exclamar llena de gozo y como fuera de sí: «Pero ¿es posible, Dios mío? ¿Es verdad que me voy a morir? ¿De dónde a mí este favor? ¡Yo no lo merezco! ¡Qué beneficio tan grande!» Así emprendía el viaje hacia el cielo.

¿Quién no recuerda y admira la amorosa queja dada al Señor por Santa Teresa de Jesús cuando le recibía por Viático: «¡Ya era hora, Señor, de que nos viéramos!» Tanto y con tanta ansia había esperado aquella hora y tanto la deseaba. La muerte se torna amabilísima para esas almas santas y las satisface sus deseos y las abre la puerta que conduce al manantial de las aguas vivas en el cielo. La muerte amabilísima lleva a la satisfacción de los deseos de felicidad eterna.

Mi vida aquí es empezar ya a amar a Dios para después sumergirme en el Señor, en lo infinito e inconcebible de su amor y de su gozo. Quiero ir a la luz. a la vida, al amor infinito e indeficiente, como dijo muriendo la Hermana Isabel de la Trinidad.

Mientras llega ese momento quiero vivir en deseos sobre mí mismo y quiero cantar la gloria de Dios con una vida santa, de amor vivo y perfecta entrega.

Pero no puedo daros, Señor, más de lo que me deis. Dadme para que pueda daros.

DUODECIMA LECTURA - MEDITACION

(Primera del día sexto)

Mortificación

218. Gran deseo siento, Dios mío, de vivir la vida espiritual intensamente y me acongoja pensar que habéis puesto a mi disposición cuanto se necesita para poder vivirla y con la intensidad que yo quiera, y me veo aún muy lejos de vivirla, y que soy yo mismo quien tiene la culpa de no vivirla.

Vivir la vida espiritual es vivir en Dios y en su amor, es vivir a Dios mismo, es vivir la vida interior pensando en Dios, amando a Dios, ofreciendo a Dios, haciendo en todo su querer y recibiendo de Dios. Dios ha puesto en mi alma ensueños de esta vida interior y me enseña que esta es la verdadera vida, y no se puede ni aun soñar nada comparable a vivir en Dios y su amor. Me parece no deseo nada tanto como llegar a vivirla. En mi concepto esta es la verdadera vida. La de los sentidos y la del cuerpo sólo es como una pintura comparada con ésta, a semejanza de como las cosas son nada comparadas con Dios.

En principio me parece la antepongo a mi vida física y a todas mis apreciaciones y a todas las cosas criadas; para alcanzarla he hecho el holocausto de mi vida y me he retirado de todo, y para vivir perfectamente lejos del mundo, en una aspiración continua a la vida eterna y a la vida de Dios, he escogido el silencio y apartamiento. Aún por esto la vida espiritual e interior del convento se me presenta muy semejante a la vida del cielo, pues en ella se vive entregado continuamente al mismo amor de Dios y a vivir la vida de Dios; pero en la tierra se la vive en sombras y dolores, sin sentir los efectos de luz y de gozo del amor; después, en el cielo, viviremos ya ininterrumpidamente en la plenitud de todos sus efectos en un supremo e inconcebible gozo y felicidad. Será el amor perfectamente glorioso.

La vida interior no puede merecerse con nada propiamente y en rigor de justicia, como no pueden merecerse ni la gracia ni el amor en los cuales está basada. Siempre he de pedírsela humilde a nuestro Señor y nunca serán bastantes cuantas gracias pueda darle por habérmela dado y agradecerle tan soberano don. Es tanta la bondad de Dios con las almas que como las da la gracia sin que ellas puedan de suyo merecerla, y la da según la cooperación y fidelidad de las mismas almas, da también la vida espiritual e interior según es la cooperación y el esfuerzo del alma. Por esto cada uno es tan santo como de verdad quiera serlo y vive la intensidad de la vida interior que quiera vivir. La medida de las gracias y de las virtudes es la propia voluntad y se muestra en la fidelidad al llamamiento de Dios. Y esto es precisamente lo que me conturba y confun-

de. ¡Cuán lejos me veo aún de esa vida interior y de esas virtudes que yo digo que deseo! Y no puedo culpar a nadie de no haberla conseguido ya sino a mí mismo. Si la prefiero a todo; si digo que he salido del mundo y de todas las cosas únicamente para vivirla con perfección, ¿por qué no la vivo aún? ¡Oh corazón mío! ¿Estás de verdad fuera del mundo, de las aficiones y apegos en el trato de cosas y de personas? ¿Has salido de ti mismo y te has vaciado de los deseos de presunción, de comodidades y regalos, de curiosidades y disipaciones, de vanos entretenimientos? ¿Te has encerrado de verdad a solas con Dios sólo y en todo vives sólo para El? Porque esto es lo que impide el derrollo de la gracia y de la vida interior; esto es lo que impide que Dios venga a tomar posesión del alma y establecer en ella su morada de amor.

219. Como la gracia y como el amor, la vida interior no se ve en sí misma, se ve a través de sus efectos y manifestaciones. La belleza del campo, la hermosura de las flores, que «muestran ya en esperanza el fruto cierto», la frondosidad con que se visten los árboles, pregonan la llegada de la fecunda primavera y hacen visible la vida de la Naturaleza, que durante los crudos fríos y hielos parecía muerta, pero que estaba latente en los desnudos troncos de los árboles. De semejante modo nos es imposible ver la vida espiritual; no podemos verla ni sentirla y a veces la lloramos como casi perdida o muerta; pero la manera de conocerla con certeza y el modo de manifestarse son las virtudes y las obras santas. La vida interior y espiritual guarda en esto seme-

janza grande con la vida de la naturaleza y la bondad de la tierra: no la vemos en sí, sino en las flores y en los frutos de las virtudes, en el verdor y fertilidad de la caridad, de la humildad, del recogimiento y sacrificio, como las flores y los frutos de los huertos, la frondosidad de los árboles, la abundancia de las mieses nos muestran la riqueza de las tierras y lo propicio de la atmósfera.

Dios es la vida y el Criador de toda vida y de toda perfección, como lo es de todos los seres. En Dios tenemos que tomar la perfección y la belleza que deseamos tener y aún nos falta. ¿Cómo llegaremos a Vos, Dios mío, fuente de toda bondad y hermosura, y cómo nos dará vida sobrenatural vuestra vida y recibiremos claridad y dicha de vuestra luz y felicidad? ¿Cómo llegaremos a vivir la vida espiritual y la perfección?

220. Nuestro Señor Jesucristo nos dio los consejos evangélicos para que pudiéramos conseguir la perfección y cómo nos tenemos que preparar para que nos la comunique Dios. Bellísimamente nos dice San Juan de la Cruz que para llegar a la vida perfecta en la unión de amor con Dios salió de sí mismo, de su amor propio, buscando sus amores, que son el Amado, por montes y riberas. Un consejo principal de Nuestro Señor es que *vivamos la mortificación y hagamos penitencia.* La penitencia son las riberas por donde el alma tiene que ir buscando al Amado si ha de encontrarle.

La mortificación no es el Amado, ni es la vida espiritual, ni es la perfección. El camino no es la ciudad adonde nos dirigimos, pero no se llega a la

ciudad si no es por el camino. La mortificación es el camino y un medio necesario para llegar a la vida sobrenatural y para hacer llegar la vida a las almas que aún están muertas a la gracia. Si no ponen los medios y no se marcha por el camino, no es posible llegar a conseguir el fin. La mortificación, junto con el amor, pone en los brazos del Amado y en la fuente de la vida.

Nuestro Señor Jesucristo, que es el modelo a quien me tengo que asemejar y el troquel en que me tengo que fundir, me enseñó la mortificación y me mandó la viviera. Me la enseñó en el tiempo de su predicación con sus palabras, pero me la enseñó mucho mejor durante toda su vida con sus obras.

La vida de Jesús fue vida de amor y por lo mismo de inmolación total exterior e interiormente. No sólo se inmoló en la cruz el día de su muerte, sino todos los días y momentos de su vida; vivió abrazado a la cruz en inmolación continua y perfecta. Con su inmolación redimió a los hombres, o como me dice el apóstol San Pedro: *He sido comprado con la sangre de Jesús.* Ni me será posible darle el abrazo de amorosa unión si no en los brazos de la mortificación.

221. La mortificación es el camino que nos trazó el Señor, pero además es el camino que yo expresamente he escogido en mi vida de religioso.

¿A qué he venido al convento? ¿Para qué profesé vivir en obediencia y sumisión? ¿Para qué ser alma espiritual, de oración y vivir el recogimiento del claustro? ¿Para qué dejé lo del mundo y las aspiraciones mundanas? Para ser santo, para vivir y

tratar con Dios y en todo hacer su voluntad. Este es el ideal que me mostró el Señor y yo he hecho mío. Este fue el ideal de mis santos Fundadores y el de tantas almas santas como en estos claustros se santificaron. Vivieron el ideal. ¿Le vivo de hecho yo? Vine buscando santidad y para encontrarla y vivirla salí del mundo, de la familia, y me refugié aquí, en la casa de la Virgen, bajo su mirada y tutela, en el recogimiento y silencio de amor, y me abracé a la cruz para vivir en sacrificio.

La santidad puede vivirse en muchos lugares. Ha habido santos en los palacios de los reyes; se han santificado muchos viviendo en su casa con su familia; otros se han santificado en los campos; pero principalmente los ha habido en los conventos y en las soledades, porque son los conventos los lugares destinados para vivir exclusivamente la santidad, y en los conventos se cultiva la mortificación y el recogimiento para que crezca la vida interior. Todos los que vivimos en los conventos tenemos una muy expresa obligación de ser santos. Nuestra profesión es ser santos y sólo para esto nos recogemos a vivir en Jesús, y prometemos trabajar por conseguirlo. San Juan de la Cruz decía: «Acuérdese siempre como no ha venido más de a ser santo; y así no admita reinar cosa en su alma que no encamine a santidad.»

A la pregunta que me hicieron en mi toma de hábito y en mi profesión contesté resuelto: *Pido la aspereza de la Orden*, como diciendo: «Vengo a abrazarme a la cruz con Jesús; y al besar la llaga bendita de su costado oiré que la sangre divina, que toca mis labios, me dice: *Esta es tu vida.*» Mi alma

dice: «Tú eres mi vida de amor y de eternidad. No puedo abrazarme a la vida espiritual ni recibir la vida interior de gracia si no me abrazo y vivo la mortificación. La mortificación y la vida interior van siempre juntas y caminan a la par.»

Jesucristo, cuya imagen llevo sobre mi pecho, es la Vida verdadera y es la Sabiduría del Padre; como vida y como sabiduría quiere comunicarse conmigo y hacerme participante de ellas si yo quiero recibirlas y no le pongo obstáculo. Al estrecharle contra mi pecho me pondrá en lo íntimo del corazón el conocimiento del tesoro encerrado en la cruz y el deseo de poseerle.

222. En ningún tiempo se ha llegado a la santidad ni vivido la vida interior sin la penitencia, ni es posible, pues Jesucristo la puso como necesaria. Mi Santo Padre llega a decir que la medida de la santidad y del amor es la penitencia; y mi Santa Madre, que regalo y oración no se compadecen; precisamente porque la Sabiduría de Dios enseña penitencia y es en la oración donde se recibe esta sabiduría del cielo.

Sé muy bien que mi Regla y Constituciones, como la Regla de todas las Ordenes religiosas, mandan la mortificación, y la reglamentación de los actos comunes y su observancia son ya segura penitencia, pues la penitencia más segura es la obediencia. Tan necesaria es la penitencia de la observancia que quien no la cumple no puede adelantar en las virtudes ni ser buen religioso. La primera de las penitencias exteriores es la observancia impuesta por las leyes. Y de quien cumple con espíritu interior la fidelidad de

la observancia exterior se puede decir que es un santo. Santa Teresa de Jesús, a la hora de la muerte, dijo a las religiosas que la rodeaban: *Hijas, cumplan bien con las leyes, que si lo hacen no necesitan más para ser santas.* No es pequeña penitencia el fiel cumplimiento de cuanto disponen la Regla y las Constituciones, y es también tan magnífico apostolado que, viviéndose con espíritu y bien, se conservaría siempre la Orden en el esplendor de la perfección y cantaría el más hermoso himno a la gloria del Señor. Que el buen ejemplo es el más convincente sermón.

La observancia es mortificación muy extraordinaria. Pero quiero dejar ahora las penitencias exteriores y extraordinarias para fijarme en las ordinarias e interiores. No todos pueden hacer las extraordinarias, ninguno podemos tener disculpa para dejar de cumplir las ordinarias. Ordinarias e interiores son: *la mortificación de vencer el amor propio y dominar el mal carácter, el menosprecio del mundo o mundano, el recogimiento, la oración asidua, la mortificación en el trato con los demás, o sea la delicadeza de la caridad.* La oración y observancia tendrán estudio especial en otro día.

223. La vida espiritual y la santidad radican en lo interior del alma, en la misma esencia del alma, donde se recibe la gracia, y desde allí se manifiesta por las virtudes. También la mortificación interior es la más perfecta y es la vida de la exterior. Cuando no se manifiesta al exterior es porque no la hay en el interior, que la luz no puede estar sin irradiar claridad ni la vida del cuerpo o de las plantas

sin manifestarse en la exterior. Puede, sin embargo, haber una penitencia y una mortificación exterior que no es virtud, sino manifestación de amor propio y de honra loca, de hipocresía o de equivocación y mala formación. También la soberbia enseña a practicar mortificaciones y privaciones, las cuales no son virtudes ni amor de Dios, sino amor propio.

Con frecuencia hay que contener y aún prohibir penitencias corporales a las almas muy dadas a la penitencia, sobre todo en los principios, para que no caigan en soberbia de espíritu, en dureza de corazón y en camino errado, y aconsejarlas penitencia interior de obediencia y vencimiento de mal genio y del amor propio y pertinacia en el parecer. Muy hermosa es la sentencia que aconsejaba a sus novicias una Carmelita: *Más mortificación interior y menos penitencia.* Y este mismo pensamiento expresaba Santa Teresa cuando desaprobaba la manera de obrar de algunas: *Porque creo* —decía— *van más por penitencia y aspereza que por mortificación ni oración.* Que el dolor externo y la privación meramente externa son compatibles con el orgullo y la rebeldía e insumisión y por eso hasta los fomenta el diablo, y mi Santo Padre me enseña que la penitencia exterior, sin la interior, es penitencia de bestias, así como la penitencia de las potencias interiores, y la obediencia y el vencimiento son la penitencia de los hijos de Dios. No he de dejar la penitencia exterior, sino que he de someterla a la obediencia y reglamentarla por la humildad y prudencia.

Puede haber excesos en la penitencia exterior, nunca los hay en la interior ni en el vencimiento del

amor propio. Puede ser contra la prudencia y contra la salud la exterior, nunca lo es la interior ni la humildad. Bien aconsejaba mi Santo Padre que se hiciera un muerto bien al vivo. El que está muerto a todo lo terreno, tiene vida de Dios, tiene el pensamiento sólo en Dios y vive la santidad.

El señor me dice: Si quieres llegar a Mí y vivir mi vida, o que yo sea tu vida, *niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme.* La humildad es la base y el fundamento de las virtudes y de la vida espiritual. Si llego a la perfecta negación de mí mismo, habré adquirido la perfecta humildad. Dios está en mí.

224. *¿De qué te glorías que no lo hayas recibido?,* me dice San Pablo. Si cuanto hay en mí de bueno lo he recibido de Dios, y si todo lo que me falta lo he de recibir de Dios, ¿de qué me puedo vanagloriar? Sean mis bienes materiales, o bienes corporales, o bienes espirituales, me los ha dado Dios, si alguno hay en mí, y mi amor propio me hace ver que tengo más de los que tengo. En una hermosa sentencia me avisa mi Santo Padre: «Si gloriarte quieres y no quieres parecer necio o loco, aparta de ti las cosas que no son tuyas, y de lo que queda habrás gloria; mas, por cierto, si todas las cosas que no son tuyas apartas, en nada serás tornado, pues de nada te debes gloriar si no quieres caer en vanidad.» De eso es de lo único que me puedo gloriar, por ser mío: de mi propia nada. Y ciertamente que esto no es para presumir mucho, sino para humillarse mucho e instar al Señor tenga la misericordia y bondad de darme cuanto necesito, que es todo, o me conserve los bienes que en mí haya puesto.

Pero aun cuando hubiere en mí algunos bienes, sean materiales, sean corporales o espirituales, todos, desde mi existencia misma, todos en absoluto me los ha dado Dios y me los está conservando. ¿De qué puedo presumir? El que más ha recibido y más tiene está obligado a ser más reconocido y agradecido. Si tuviera alguna cualidad personal de habilidad, de atractivo, de buena presentación; si tuviera algo de talento, elocuencia o cualidades artísticas, que son las puertas por donde suele entrar la vanidad y presunción, ¿no me obligan a ser reconocido y agradecido a Dios, que los ha puesto en mí? ¿Puedo presumir por algo de ello y anteponerme a un pobrecito que no tiene cabeza y está deformado en su cuerpo? ¿Lo tendría si Dios no me lo hubiera dado y me lo estuviera conservando? ¿No causaría yo repugnancia a los demás si tuviera una enfermedad repulsiva o una fealdad grande o una deformidad y abandono extremos? El no tener eso defectuoso y el que me aprecien mis hermanos y las personas se lo debo a Dios y a Dios debo agradecérselo continuamente, y yo quedarme escondido en mi nada y ver que cuanto más haya recibido más humilde he de ser, ayudar más a los demás y cantar mejor el agradecimiento a Dios, porque si no me lo hubiera dado carecería de ello. La gloria y la alabanza toda ha de ser para Dios, porque si gozo de salud ni aun sé cómo se conserva ni se tiene. Yo soy la propia nada y es de toda justicia que a la propia nada no se la aprecie ni aun se repare en ella. Dios es el dueño y dador de todo.

El reconocimiento de la propia nada y el dejarse tratar como tal, deseando le den ese trato, es de su-

mo aprecio ante el Señor y dispone el alma para recibir nuevos dones y más intenso amor de Dios. Bien conocidos me son los tres avisos que me da mi Santo Padre para adquirir la perfecta humildad. Me dice que procure pensar bajamente de mí; hablar y procurar que los demás hablen bajamente de mí y desear tengan los demás muy bajo concepto de mí. San Anselmo había expuesto el mismo pensamiento de que se desease que los demás pensasen mal o hablasen bajamente. San Felipe de Neri aconsejaba a sus confesados que se imaginasen en la oración que eran ofendidos con injurias, molestias y hasta bofetadas, malos tratos y afrentas, aunque no era para todos este consejo; pero al alma preparada y prevenida de este modo nada puede cogerla de sorpresa y vive siempre en la perfecta humildad y en deseo de vivirla. El mismo Santo, para fijar bien esta mortificación firmísima, solía terminar sus instrucciones espirituales repitiendo: obediencia, humildad y desprecio. Era la mortificación del espíritu. Viviendo estos consejos se llega al triunfo perfecto sobre el amor propio y sobre la vana honra y presunción, y es el momento en que sólo se vive para Dios, en perfecta unión de amor con El.

¿Qué me importan a mí las personas, aunque estén en alta dignidad o cargadas de títulos y de bienes, ni qué son ellas ni todo el mundo ante Dios? Porque todo es nada ante el Señor y peor que nada, pues produce apego y distracción, quiero yo ser totalmente en todo de Dios. Para esto escogí cerrarme en el claustro y prometí olvidarlo todo y ser sólo de Dios, poniendo en El mi atención. Esto mismo es la vida interior y espiritual, que tanto deseo: estar

lleno de Dios en lo interior, atento a El y que todas mis acciones se realicen por Dios. Dios es el sol único que ha de calentar e iluminar el alma y quiero yo, Dios mío, que seáis Vos este sol único para mí.

Si consigo morir a mí mismo en mi amor propio, y morir a todas las cosas en el apego, llegaré a vivir todo para Dios. Mi oración continua y mi trato será mirar a Dios y ofrecerme sin interrupción y estar recibiendo la gracia de los ojos divinos, que se reflejarán dentro de mí. Esto hará de mi alma un cielo. Ya me dijo Jesús que el reino de los cielos estaba dentro de mí, y es el mismo Dios con su luz y con su presencia y amorosa complacencia.

Porque se veía nada delante de Dios y le estaba siempre atenta, la Hermana Mariana de los Angeles oyó que la decía en su alma: *Mientras tú seas mi nada, Yo seré tu todo.* La misma verdad hizo resonar en el alma de Santa Catalina. Dios se hace todo del alma, que está en El y la transforma en amor divino.

225. Mi Madre la Virgen Santísima reconoció claramente las grandezas que el Señor había puesto en su alma y no presumió por ellas, antes conoció con evidencia su propia nada y la manifestó cantando las maravillas del Señor: *Porque hizo cosas grandes el que es todopoderoso al ver la nada de su sierva.* Y en el recogimiento y abrazo agradecido de su nada, todo lo esperaba confiada de la bondad de Dios y todo lo recibió de Dios, quedando más agradecida y humillada.

Cuando llegue el alma a anonadarse totalmente, llegará a recibir el don de la perfecta oración y